

Estar en la ciudad y ser de la ciudad

Virginie
Baby-Collin

convertirse en ciudadano en los barrios populares de Caracas y La Paz*

Paris X-Nanterre
vbcollin@u-paris10.fr

¿SON CIUDADINOS todos los “individuos urbanos”, es decir, todos aquellos que habitan la ciudad? Al definir la *ciudadidad*¹ como resultado de una relación individual con el espacio urbano y con los grupos que habitan en él, estamos postulando siguiendo a otros autores² que, lejos de ser algo dado, ésta se inscribe en un proceso de duración y formas variables según los distintos habitantes de las ciudades. Si de esta hipótesis se deduce que hay individuos más ciudadanos que otros, es importante comprender cuáles son los componentes de la ciudadanía, los criterios de su elaboración y los niveles en que se despliega.

El trabajo en que se origina este texto trataba de entender el tipo de relación que pueden tener, en la ciudad, los habitantes de varios barrios populares, llamados informales pues fueron autoconstruidos, cuyo estatus suele ser ilegal y casi siempre levantados en la periferia de las conurbaciones de Caracas, y La Paz / El Alto (Baby-Collin, 2000a). Analizaremos la especificidad de esta relación en sus dos facetas principales subyacentes, anunciadas en el título de este artículo: la experiencia urbana en tanto que modo de *estar en la ciudad* y en tanto que *ser de la ciudad*. *Estar en la ciudad* significa frecuentarla, desplazarse en ella; *ser de la ciudad* significa sentirse en ella como en casa, reconocerse en ella e identificarse con ella.

Para G. Simmel, a principios del siglo xx paradójicamente el extranjero es el ciudadano por excelencia, porque se caracteriza principalmente por su movilidad, constitutiva de la ciudadanía (Simmel, 1908; Grafmeyer y Joseph, 1979, presentación). Si bien retendremos aquí el concepto de que ciudadano es quien se desplaza por la ciudad, agregaremos empero que es también quien se siente como en casa en ella, y que, en este sentido, no puede seguir siendo “extranjero”, pues la ciudadanía

implica una identificación tanto con el espacio urbano como con los grupos que habitan en él. Plantearemos la cuestión del vínculo entre las prácticas y los modos de identificación espacial, en términos de nivel de despliegue, de intensidad de experiencias y de resonancias afectivas transmitidas entre los habitantes.

Para llevar a cabo nuestro estudio, debimos preguntarnos lo siguiente: ¿Cuáles son los tipos de prácticas espaciales de los habitantes de los barrios populares? ¿Cuál es la frecuencia, cuáles son las escalas de su movilidad cotidiana? ¿Permiten distinguir diferentes grados de ciudadanía, y ello según qué criterios? Y también, ¿cuáles son las formas de pertenencia al espacio urbano que las poblaciones expresan? ¿Cuáles son sus escalas de referencia, los vectores de su identificación con los lugares? ¿Los modos de *ser de la ciudad* están estrechamente relacionados con las formas de *estar en la ciudad*? También, ¿es posible observar una especificidad en los procesos de construcción de ciudadanía entre los habitantes de los barrios informales urbanos?

ESTAR EN LA CIUDAD

Las interrogaciones sobre las formas de *estar en la ciudad* se centraron en dos campos principales: el de los motivos de sus desplazamientos cotidianos y el del área geográfica de los mismos.³

Puesto que la ciudadanía no es algo dado sino algo que se construye, hace que intervenga la noción de temporalidad en la ciudad. Los habitantes de las periferias populares tienen una experiencia temporal de la ciudad mucho menor que otros ciudadanos; aun cuando el éxodo rural en Venezuela se ha detenido, un tercio de los habitantes de los barrios de Caracas son migrantes procedentes de las ciudades del interior y del

* Traducción: Josefina Anaya.

campo. En El Alto, réplica popular de la municipalidad de La Paz, en Bolivia, el éxodo rural, que se inició más tarde, está todavía vivo y alimenta la tasa de crecimiento, muy alta, de la municipalidad (más de 9% anual en los años 1990; *cf.* Baby, 1998).⁴ En este sentido, cabe preguntarse acerca de las formas de construcción de la ciudadanía de los habitantes, cuando una parte son migrantes procedentes del mundo rural. ¿Acaso hay tipos de prácticas más ciudadinas que otras y actividades cotidianas específicas en lo que respecta a los barrios populares?

Las poblaciones de la periferia urbana se caracterizan igualmente por el carácter relativamente excéntrico de sus zonas habitacionales respecto de los centros neurálgicos de las conurbaciones,⁵ así como por la relativa debilidad de sus recursos económicos, cualquiera que sea la heterogeneidad de sus actividades profesionales. Padecen, así, *a priori*, dificultades para desplazarse a las zonas centros, debidas a su relativo alejamiento, a la irregularidad del servicio de transporte, al alto costo de los desplazamientos en comparación con sus recursos. A todas estas dificultades, se suman los obstáculos por factores educativos o culturales, en particular en El Alto, donde, algunos migrantes recientes perciben la ciudad como algo desconocido que les produce una cierta aprensión y a la que no se atreven a “bajar” por temor a perderse. Es posible preguntarse sobre los niveles de despliegue de las prácticas urbanas: ¿se extienden éstas por toda la aglomeración o están limitadas a ciertos espacios de la ciudad, en especial alrededores de las zonas populares?

PRÁCTICAS ESPACIALES Y ACTIVIDADES COTIDIANAS

En las entrevistas, y por razones prácticas, clasificamos las actividades cotidianas que realizan los habitantes de los barrios populares según se originasen por factores necesarios (actividad profesional, abastecimiento de comestibles, cuidados de la salud...) o por factores de esparcimiento;⁶ en términos de tiempo y frecuencia, predominan las del primer grupo.

Los resultados arrojan que el trabajo, principal motivo del desplazamiento cotidiano de los individuos activos, se efectúa en su mayoría en el sector informal, pri-

mordial modalidad de integración profesional.⁷ Para todos es fundamental el abastecimiento de comestibles en los mercados urbanos o en las tienditas de barrio, a las que los habitantes acuden sobre todo para resolver necesidades cotidianas menores.⁸ En cuanto al esparcimiento, las redes de relaciones, amistosas, familiares o de vecinos, son esenciales y suelen estructurar las demás formas de distracción, cosa que subraya una fuerte tendencia observada en otros sitios, la de la importancia de la solidaridad colectiva en los barrios informales,⁹ del inexistente aislamiento de los habitantes, insertos en redes que se mantienen sólidamente.

¿Genera la antigüedad de la vida urbana prácticas más ciudadinas? ¿Tienen los migrantes de reciente arribo a la ciudad prácticas más directamente derivadas del mundo rural? A la diferenciación de ciertas prácticas observadas entre Caracas, metrópoli urbanizada desde hace más tiempo, y El Alto de La Paz, afectado por un éxodo rural todavía vivo, corresponde una diversificación de prácticas urbanas según la antigüedad de los barrios, la edad de sus habitantes o la fecha de su migración hacia la ciudad.

En Caracas, para el abastecimiento de comestibles, por ejemplo, pervive la tradición del mercado, pero los centros comerciales, los supermercados y los hipermercados le hacen la competencia. Estas estructuras, más occidentales y modernas que los mercados, están bien arraigadas aún entre la población de las zonas informales, que buscan las promociones y la amplia gama de ofertas que ahí se ofrecen. El uso regular de estos

comercios característicos de la ciudad pone de manifiesto la integración cultural de los caraqueños a la ciudad y sus hábitos en los modos de consumo urbanos. De igual forma, la variedad relativamente grande de centros de salud a los que tienen acceso los caraqueños es un indicador de su familiaridad con las infraestructuras existentes; si bien aún algunos recurren a la medicina tradicional, sólo una minoría lo hace.

En El Alto de La Paz la situación es más contrastada. En términos del abastecimiento de comestibles, los mercados abiertos, diarios o bisemanales, son los que predominan; constituyen la prolongación de los hábitos de compra del mundo rural, donde la feria es uno de los días más animados de la semana. El no acudir a los supermercados seguramente se debe a una oferta pobre (que se concentra sobre todo en el centro de La

... ciudadanía implica
una identificación
tanto con el espacio
urbano como con los
grupos que habitan en
él

Paz y en las zonas habitacionales del sur de la aglomeración: El Bajo), pero también es un indicio de prácticas comerciales todavía tradicionales.

El crecimiento más precoz de la capital venezolana, la importancia de la resonancia del estilo de vida norteamericano y las inversiones, más importantes y antiguas, de las que ha sacado provecho la metrópoli de uno de los países petroleros del continente, explican tanto la abundancia de la oferta de los centros comerciales, como la asistencia más frecuente a estas estructuras de una clientela procedente de los barrios populares. El tiempo transcurrido desde el establecimiento en la ciudad de las poblaciones marginadas (en comparación con las de la capital boliviana) refuerza la idea de que el hábito de comprar en un centro comercial se inscribe también en un proceso de desarrollo de la ciudadanía mucho más avanzado para quienes viven en la ciudad desde hace más tiempo.

Sin embargo, hay que reconocer ciertas especificidades culturales marcadas en la capital boliviana: la persistencia de tradiciones y de modos de vida indígenas (quechuas y sobre todo aymaras en La Paz / El Alto)¹⁰ impregna fuertemente las prácticas urbanas. Esto se comprueba en varios terrenos, como el de la medicina: si bien la utilización relativamente baja de los centros de salud es paralela con una oferta incompleta (cosa que confirman los pacientes de la medicina moderna, más numerosos en las zonas populares con mejores servicios), la importancia concedida a la medicina tradicional no puede interpretarse exclusivamente como consecuencia de estas carencias. La medicina tradicional constituye una práctica persistente de los aymaras, en las zonas más recientes de El Alto norte;¹¹ sin embargo esta práctica decrece a medida que el nivel de educación aumenta.¹²

En el terreno del esparcimiento resaltan varios factores de diferenciación, según ciertas variables como las tradiciones culturales, la antigüedad de la vida urbana, la edad, el género o la disponibilidad financiera de los hogares; nos explayaremos brevemente sobre las primeras.

Las diversiones de los habitantes de los barrios caraqueños parecen estar mucho más occidentalizadas que las de los alteños, lo que viene a confirmar la tendencia señalada anteriormente. Los paseos de fin de semana suelen orientarse hacia los centros comerciales o las zonas de actividad comercial de la ciudad: mirar los escaparates es, en cambio, algo bastante raro en El Alto, donde se sustituye por deambular por las ferias, paseos en el campo, hacia las afueras de la aglomeración o en los principales espacios verdes (parques, zoo-

lógico...). Los caraqueños también salen más de noche y van a los sitios de distracción nocturna (bares, discotecas). En cambio, las fiestas populares son objeto de gran fervor en Bolivia: en las zonas informales tienen un papel fundamental en lo que toca a esparcimiento y desarrollo de lazos sociales.

Si bien estas diferencias aparecen en un contexto determinado por culturas locales de influencias y tradiciones distintas, esta interpretación debe estar nítidamente matizada por la observación de la evolución de las prácticas de los alteños en función de la antigüedad de su vida urbana y de su edad. En lo que concierne al grupo de migrantes recientes de las villas de El Alto norte, el entretenimiento es menos diversificado y menos frecuente que el de los residentes que tienen más tiempo de ser ciudadanos en El Alto sur. Los primeros son en cambio quienes más participan en las fiestas patronales del barrio,¹³ y es en estas villas recientes del norte de la municipalidad donde la fiesta es más apegada a las tradiciones. En determinadas zonas de El Alto sur, de población con mayor experiencia urbana –más próxima también a las clases medias de La Paz, en términos de inserción profesional y de ingresos– el ceremonial tradicional de las fiestas de los barrios es sustituido por una celebración pagana, donde los desfiles de danzantes en trajes tradicionales son reemplazados por desfiles de escolares y de representantes de las instituciones locales (sindicatos del transporte, asociaciones de barrio, centros culturales), y en donde además de las danzas tradicionales, acompañadas de un consumo inmoderado de alcohol y de hojas de coca, se organizan juegos que evocan las kermeses occidentales.¹⁴ El volverse ciudadano puede significar, entonces, la decadencia de las fiestas tradicionales.

La observación de las diversiones de los jóvenes sigue estos mismos lineamientos. Los niños y los adolescentes alteños realizan prácticas lúdicas más numerosas y variadas que sus mayores: son más dinámicos, salen más de noche y van a los sitios animados de la aglomeración; por otra parte, tienen vínculos más laxos con las zonas rurales de origen, consideradas como sitios para ir de vacaciones más que como espacios productores de sustento o como el lugar donde el grupo participa en ciertos trabajos del calendario agrícola, que es lo que representan para sus padres. Tal vez esto tiene que ver con la edad (su necesidad de distracción es más fuerte, dudan menos que los adultos en gastar su peculio en diversiones), pero no exclusivamente. La gran mayoría de los jóvenes han nacido en la ciudad,¹⁵ con lo cual son más ciudadanos y están más integrados a los usos del espacio urbano, que ellos contribuyen a renovar.

La comparación de las dos metrópolis permite mostrar aquí que, si bien la construcción de la ciudadanía se manifiesta en prácticas que evolucionan según el tiempo que se pasa en la ciudad (en este sentido es más avanzada entre los caraqueños, con una instalación de mayor antigüedad), también adquiere formas específicas que dependen de las propias culturas urbanas de los habitantes (respecto de las cuales, naturalmente, la comparación ya no es válida). La edad y la antigüedad de la migración permiten de todas formas confirmar la evolución de las prácticas urbanas en el proceso que llamamos construcción de la ciudadanía. A continuación desarrollaremos las escalas de despliegue de la experiencia espacial urbana.

USOS DIARIOS DEL ESPACIO: ESCALAS Y LUGARES CLAVES

El análisis de los sitios frecuentados y de las escalas de desplazamiento de los habitantes pone en evidencia el peso fundamental y predominante, cualesquiera que sean las actividades realizadas, de los barrios de residencia y de las zonas de proximidad¹⁶ en las experiencias espaciales. Cerca de dos tercios de las actividades profesionales, la gran mayoría de la distribución de comestibles y de los servicios de la salud, así como tres cuartas partes de las actividades de esparcimiento se desarrollan entonces a nivel de zona.

El barrio popular, para empezar, es por doquier mucho más que una zona habitacional: es un lugar de trabajo,¹⁷ donde se pueden realizar compras, donde con frecuencia también es posible atender la salud y distraerse, ya sea en la calle, visitando a los amigos, yendo a la iglesia o a al templo, haciendo deporte, organizando fiestas... En general son éstas actividades gratuitas que requieren escasa infraestructura específica (un terreno de juego, un espacio de culto) y que refuerzan –en esta zona de gran familiaridad, constituida por los alrededores de los hogares– los encuentros y los lazos vecinales, tanto como los familiares o los amistosos (partida de cartas dominguera, charlas en la entrada de la casa, o cerca de las tiendas informales, cerveza en mano, reuniones nocturnas en casa de unos u otros...). En general el barrio tiene una importancia mayor, en términos de variedad de usos, en El Alto: más del 40% de las prácticas de todo tipo tienen que ver con aquél (en comparación con alrededor de un cuarto de los casos en Caracas).

El grado de consolidación de las zonas populares no es, con todo, un criterio adecuado para evaluar la intensidad de las prácticas espaciales, contrariamente a

lo que podría pensarse (como la consolidación introduce en general una diversificación de la oferta local, podría efectivamente propiciar el desarrollo de prácticas locales). En El Alto, de hecho, las actividades locales de cualquier tipo son las menos desarrolladas tanto en el barrio más reciente, precario y desprovisto,¹⁸ como en el mejor dotado.¹⁹ En el segundo, los muchos años de vivir en la ciudad y las consecuentes costumbres de la práctica urbana, la formalidad más importante del empleo, los ingresos más altos que los del promedio, alientan a los habitantes a desarrollar sus actividades fuera; en el primero, ejemplo contrario, la precariedad es tal que los residentes se ven obligados a ir al exterior para satisfacer sus necesidades.

Puesto que la precariedad y la irregularidad de los ingresos, en particular del sector informal inestable,²⁰ pueden ser percibidas como indicadores de marginalidad económica, la marcada tendencia al desarrollo del empleo, en el seno de los barrios populares, puede igualmente leerse como una forma de repliegue, que va en contra de una dinámica de integración al espacio de la ciudad (Baby-Collin, 2000b). Este fenómeno genera sin embargo zonas de actividad económica en el seno de los barrios informales, con lo cual éstos ganan una posición funcional más allá del puro uso habitacional, lo que finalmente constituye una forma de integración a una dinámica urbana polifuncional. Por otra parte, la movilidad del sector informal suele ser fuerte: las vendedoras ambulantes surcan los mercados, los obreros de la construcción van de obra en obra y adquieren un conocimiento de las conurbaciones tanto más grande cuanto más frecuentes son sus desplazamientos. En este aspecto, los más marginados (los más precarios e inestables en su empleo) son los más ciudadanos, pues se adueñan de un espacio urbano más amplio.

La observación del nivel intermedio de las zonas de proximidad, muy frecuentadas, indica que en Caracas están diseminadas alrededor de los barrios, a lo largo de ejes de comunicación y de actividades, mientras que en El Alto rodean dos polos esenciales (La Ceja y 16 de Julio).

Próximos a los barrios caraqueños, los centros secundarios que dependen de la vida formal (Petare-Palo Verde, Valle-Coche, por ejemplo), ubicados sobre los ejes de comunicación más importantes (en este caso las principales salidas de Caracas hacia el sur o hacia el este), por donde circula el transporte colectivo, es decir, los numerosos buses, minibuses e interconexiones de *jeeps*, metro..., son espacios con abundantes lugares de trabajo, sitios de abastecimiento y centros de salud, donde además hay zonas de esparcimiento

(sobre todo en las inmediaciones de los centros comerciales). Con una buena oferta en lo que se refiere a cualquier tipo de actividad, son los más frecuentados por los caraqueños.

En la municipalidad de El Alto, los espacios específicos de La Ceja y de la zona 16 de Julio tienen un papel central: el primero para los residentes de las villas de El Alto sur, el segundo para los de El Alto norte, que son los más cercanos. La Ceja es el punto de convergencia de las tres grandes vías de comunicación, enlace de la aglomeración con el resto del país, las cuales, en el borde del abrupto talud que marca el límite entre los municipios de El Alto y La Paz, se unen aquí en una autopista urbana que baja hacia el centro de La Paz; igualmente sitio de interconexión entre El Alto norte y sur,²¹ es también el centro funcional del municipio.²² En la zona 16 de Julio, próxima a La Ceja, aunque se encuentre menos polarizada por infraestructuras de transporte, dos veces por semana se instala el mercado más grande de toda la aglomeración alrededor de su gran plaza identificada por una estatua de bronce, sitio éste de concentración de numerosos servicios y comercios formales bien comunicados con zonas estratégicas de los barrios informales alteños; sus ferias son tanto sitios para ir de compras como para pasear, para matar el tiempo durante el día o para salidas nocturnas; el bullicio de los visitantes, en efervescencia permanente, demuestra el papel esencial de los mercados alteños en la vida urbana, polos de actividad y de intercambio social.

Los centros y el resto de las conurbaciones son globalmente espacios menos frecuentados. En Caracas, si consideramos central el eje que va de oeste a este a lo largo del valle del Guaire, desde El Silencio (centro histórico) hasta Chacao (extensión reciente del centro moderno), su frecuentación, desigual según las zonas,²³ tiene que ver mayormente con actividades lúdicas, como mirar escaparates, salidas nocturnas, paseos... En conjunto, la ciudad de La Paz es aún menos frecuentada²⁴ por los habitantes de las villas alteñas, excepción hecha para los residentes del barrio más consolidado y formalizado del estudio,²⁵ quienes tienen un nivel educativo y económico más elevado y dan muestras de una inserción profesional más marcada en el sector del empleo formal.

La relación que tienen con el espacio urbano los habitantes de los barrios populares demuestra entonces que el centro no es sitio por todos frecuentado (sobre esta noción de centralidad, cf. Monnet, 1993: 190 y 1995). Si bien el barrio llega a constituir una apropiación de tipo privado –ya que no es intensamente frecuentado más que por los mismos vecinos– más bien

son los alrededores en torno a determinados polos los que desempeñan una función central y es en ellos donde se desarrollan diferentes actividades, prácticas diversificadas. Desde luego es posible afirmar que los barrios de residencia, lejos de ser simples zonas para pernoctar, son los lugares claves de las experiencias espaciales.

Los recursos económicos, la edad, el género y el nivel de educación constituyen, para este análisis, variables de diferenciación. El nivel de educación, a menudo en correlación con los tipos de empleo ejercidos y con los ingresos de los hogares, genera una serie de contrastes. Los que tienen más educación son también los más jóvenes: encuentran más fácilmente empleo formal, en la ciudad “formal” y sus centros, y salarios superiores. Las posibilidades financieras que determinan el tipo de esparcimiento de los habitantes, tanto en lo que toca a su escala (debido al costo del transporte) como a los tipos de actividad en sí (debido al costo que pueden generar), constituyen un dato relevante en los marcados contrastes entre El Kenko, por ejemplo, y las zonas de El Alto norte. Las diversiones en zonas a proximidad de los barrios de residencia y sus alrededores, suelen también ser las preferidas por los más pobres. Es un hecho que la población adulta resiente más que los jóvenes cualquier gasto, en este renglón, de transporte; los grupos de jóvenes presentan mayor disposición a esos gastos, a esos traslados, incluso si tienen que desplazarse fraudulentamente o hasta a pie.

La variable del género introduce otro nivel de diferenciación. Los hombres tienen mayor escolaridad y son más móviles en las conurbaciones. Las mujeres (aún más las mujeres de edad) permanecen en el barrio, se desplazan menos. Del grupo, las tejedoras a domicilio, muy numerosas en los barrios recientes de El Alto norte, son aún menos móviles y están menos integradas a la ciudad que aquellas que acuden a los mercados urbanos y pueden ahí relacionarse. Incluso, pese a su cada vez mayor inserción en la esfera profesional, las mujeres permanecen más ancladas al barrio: ellas son las que se encargan de las faenas domésticas y reproductivas; los hombres en cambio gozan de diversiones en promedio más frecuentes y sus actividades se inscriben en escalas espaciales más amplias (cf., sobre estas cuestiones de género, Coutras, 1996; Membrado y Rieu, 2000).

El caso atípico del barrio alteño de El Kenko, donde las escalas de actividad son más amplias –La Paz es, en particular, un sitio fuertemente frecuentado–, pone de realce que la ciudadanía, entendida como la manera de *estar en la ciudad*, es específica en los habitantes

de las zonas populares porque tiene tendencia a concentrarse principalmente en los espacios habitacionales y en su proximidad y a no afirmarse más que en ocasiones en los usos de los centros y de los sectores más lejanos de las metrópolis. Lejos de ser sólo utilizados para pernoctar, los barrios informales y zonas aledañas conforman el principal espacio de vida plena de sus habitantes.

SER DE LA CIUDAD

Si bien la ciudadanía se construye por las prácticas del espacio urbano, también se expresa por un sentimiento de pertenencia a la ciudad: el ciudadano se reconoce en su ciudad, se identifica con ella. Este proceso de constitución de la ciudad en “hogar” pasa por un apego a los lugares (plano afectivo), un sentimiento de integración (de bienestar en la coexistencia con los demás), incluso de identificación (una expresión de semejanza con los demás) y por ende de pertenencia a los lugares y a los grupos que los ocupan.

¿Con qué escalas espaciales se reconocen los habitantes de las zonas populares? ¿Coinciden con los espacios frecuentados que identificamos antes y ponen en evidencia procesos específicos de identificación con la ciudad?

SOBRE ALGUNOS VECTORES DE LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN SOCIOESPACIAL

Si bien la ciudadanía se construye en el tiempo, existe una cierta relación, aunque no sistemática, entre la antigüedad en el barrio y la fuerza del sentimiento de identificación con el espacio. Los migrantes recientes suelen mencionar el poco tiempo transcurrido desde su establecimiento como obstáculo para su identificación con los lugares, mientras otros atribuyen a los años la fuerza de su relación afectiva con el barrio. El tiempo permite la constitución de una memoria progresiva de los lugares y de las experiencias espaciales, dotándolos de consistencia, instituyéndolos como territorio, espacializando el recuerdo. De la misma manera, el paso de los años genera una cierta familiaridad con los lugares, a través de las rutinas, las cuales progresivamente crean significativos puntos de referencia individuales para vivir en la seguridad que proporciona la fuerza de la costumbre. Este factor es mencionado con mayor frecuencia en los barrios de Caracas, donde el sentimiento de inseguridad es uno de los principales obstáculos para el desplazamiento hacia otros sectores poco conocidos; el término aparece también en El Alto, menos para justificar el temor al peligro que la aprensión que produce aventurarse en zonas desconocidas; constituye así un freno a la movilidad, en particular la de las mujeres migrantes recién llegadas a la ciudad, poco letradas y poco habituadas a la lengua española.

La familiaridad con los lugares es en general mayor en los barrios de residencia, espacios de actividades cotidianas de lo más numerosas. Si bien la identificación con los lugares se construye con frecuencia en esa escala intermedia entre la casa y la ciudad, posee sin duda algunos rasgos específicos en las zonas populares, vinculados al hecho de que la presencia de sus habitantes en la ciudad carece de legitimidad.

En primer lugar, porque la expansión del sector informal de la vivienda (y del empleo) se produce por la escasez de vivienda formal urbana; es una respuesta a una forma de exclusión de la esfera legal y oficial de la ciudad, aun si sus formas son, desde los años 1980, cada vez más reconocidas y ratificadas por las autoridades urbanas que ven en ellas un remedio para los males del crecimiento urbano sin desarrollo, característico de la explosión demográfica de algunas ciudades del sur. En este sentido, lograr la propiedad de la vivienda en las zonas informales adquiere una fuerte dimensión simbólica, entendida como una forma de reivindicación en términos de ciudadanía, un deseo de ser reconocido como parte integrante de los que *son de la ciudad*. En términos de relación con el espacio local, la diferencia observada entre propietarios

... el ciudadano
se reconoce
en su ciudad,
se identifica
con ella

e inquilinos viene en cierto modo a confirmar este supuesto. Aunque la inmensa mayoría de los habitantes de los barrios informales se consideran dueños de su casa (tengan o no efectivamente títulos de propiedad legalizados), el sector informal de la vivienda en alquiler ha tendido a crecer durante los últimos años;²⁶ los inquilinos, como personas de paso, tienen con mayor frecuencia que los demás el deseo de abandonar el barrio donde residen además de que les resulta más difícil sentir apego por él. La importancia de ser dueño de la vivienda es aún mayor en las zonas populares debido a la precariedad de la situación; es un hecho que la propiedad viene a constituir, además de una forma de legitimación de la vida en la ciudad, el polo de anclaje y de seguridad material principal, tanto más cuanto que las condiciones de trabajo y los ingresos son inestables. Los sacrificios realizados para convertirse en propietario, comprar un terreno u ocuparlo, construirlo, consolidarlo, son testimonio de ello. En Caracas, durante los años 1980, miembros de la clase media empobrecida se instalaron en barrios populares debido a un afán de ser propietarios, lo cual aflora en los discursos recogidos entre esos habitantes. El sentimiento de pertenencia al barrio suele estar vinculado al hecho de ser propietario.²⁷

En segundo lugar es notorio otro fenómeno específico de la periferia urbana. Ser habitante de la ciudad presupone ser reconocido como ciudadano también por los demás; ser miembro de un grupo es a la vez identificarse con sus miembros y ser reconocido como igual por ellos (Monnet y Capron, 2000). Ahora bien, los habitantes de la periferia padecen un proceso de marginación, en términos de reconocimiento social –que emana de discursos armados en la ciudad “formal” y transmitidos por las esferas de poder y los medios de comunicación–, reproducido o al contrario rechazado a su vez por los afectados.²⁸ Un análisis de la prensa local y de los discursos políticos arroja que los habitantes de la periferia llevan el estigma del retraso de sus barrios en términos de servicios, de desarrollo inadecuado, de carencias urbanísticas, sobre todo en las villas alteñas; y que el estigma, para los barrios de Caracas, se asocia más bien a la noción de desorden callejero, de violencia cotidiana, de peligro en los barrios, convertidos en “zonas rojas” pobladas por *malandros* y bandas de delincuentes (cf. Baby-Collin, 2000a, capítulo V).

¿Cómo es posible sentirse ciudadano cuando está uno de tal suerte marginado? Los habitantes contemplan varias opciones. La primera, la más frecuente, consiste en replegarse parcialmente en la esfera local, en integrarse al barrio, respaldándose en la fuerza de redes de

solidaridad restringida centradas en el grupo familiar, y llegando a formas de territorialización (Prévot-Schapira 1999). Esta territorialización puede inscribirse, como una réplica de identidad, en contraposición a los espacios de la ciudad “formal” asociados a los autores de los discursos estigmatizantes, concretamente las élites y sus parangones. Otras opciones de ciertos habitantes de la periferia, por el contrario, suponen el rechazo a los discursos marginalizadores, los cuales sólo aplican a sus propios vecinos; suponen igualmente negar su entorno cotidiano y tratar de inscribirse en la ciudad “formal” para ganar cierta legitimidad en ella. La integración al barrio de residencia supone en efecto la aceptación de ser vecino y el rechazo a las imágenes que sobre él otros grupos proyectan –con las cuales esos otros reproducen discursos degradantes que aplican a terceros, rechazan el propio espacio local, se apartan de la vida del barrio y por lo tanto sufren crisis de integración.

Principalmente con estas observaciones se trasluce el papel fundamental de las extensas redes de relaciones, las cuales cumplen varias funciones, como la del intercambio verbal, la sociabilidad y también la ayuda mutua material, psicológica y financiera,²⁹ de mayor peso cuanto menores sean los recursos económicos. Los polos de constitución de las redes tienen varios fundamentos: las zonas de origen de los migrantes y su pertenencia étnica (aymaras de El Alto, colombianos de los barrios caraqueños) tienen mayor peso pues las migraciones son recientes; pero el hecho de que esos grupos permanezcan en la ciudad se debe a que cuentan con la proximidad de paisanos ya instalados en algunos barrios de residencia. El espacio del barrio, en tanto que principal zona de despliegue de las actividades cotidianas, es el segundo polo de constitución de los lazos amistosos, a menudo también familiares y de vecindad. Finalmente, la esfera profesional, la escuela para los niños y jóvenes, las estructuras de tinte religioso y las asociaciones forman el tercer nudo relacional. Estas relaciones interpersonales pueden transformarse en asociaciones colectivas, y el espacio del barrio suele ser su semillero. La necesidad frecuente de una acción colectiva para consolidar los barrios (la dotación de infraestructuras de base, por ejemplo, o la construcción de una escuela) puede propiciar su aparición; el vínculo entre la intensidad de las necesidades colectivas y la fuerza del compromiso de los habitantes es real. En este sentido, la consolidación de los barrios populares suele ser el origen del debilitamiento de la movilización colectiva.³⁰ Además, según pudimos observar, la calidad de los vínculos interpersonales previos es esencial para la constitución de esos grupos.

Entonces, la fuerza de las redes de relación es en cierta forma la respuesta a la marginación discursiva que padecen los habitantes de la periferia, incluso si también se debe a las dificultades económicas y a la importancia cultural acordada a determinados vínculos (como los de compadrazgo, fundamentales en la cultura aymara, por ejemplo; *cf.* Lavaud, 1976).

El volverse ciudadano
puede significar,
entonces, la
decadencia de las
fiestas tradicionales

impugna su legitimidad de ciudadanos—, hace del nivel local un referente particularmente sólido en las zonas populares.

Por otra parte la configuración espacial del barrio, marcada por la falta de espacios públicos en Caracas, o por la falta de servicios en El Alto, así como la exigüidad de las unidades habitacionales, contribuyen a hacer de la calle a la vez la prolongación de la privacidad y el

Estos diferentes elementos son constitutivos de la ciudadanía, entendida como forma de *ser de la ciudad*, presente en ciertos espacios específicos que observaremos en relación con aquellos que el examen de las formas de *estar en la ciudad* nos ha permitido delinear anteriormente.

IMBRICACIÓN DE LOS NIVELES DE REFERENCIA

El barrio de residencia constituye el principal polo de apego e identificación. Zona de despliegue sobre todo de actividades cotidianas, como vimos, es también la prolongación del terreno íntimo del hogar, objeto de una fuerte inversión para quienes son propietarios, y espacio de una mayor familiaridad. Atravesado por fuertes lazos de relación, múltiples y variados, el barrio popular es el soporte de relaciones de vecindad tanto más sólidas cuanto más a su vez las redes estén consolidadas, más tiempo lleven ahí los habitantes y más motivación presente la organización asociativa del grupo. La importancia de estas redes —en principio menos sólidas en la ciudad “formal” la cual está más marcada por el sello de estrategias individuales— se trasluce en los usos del espacio del barrio, sitio privilegiado de la expresión de manifestaciones específicas de sociabilidad.

Los límites del barrio suelen ser los del área de competencia de las asociaciones locales³¹; sus habitantes han ido elaborando hacia él lazos de fuerte arraigo territorial; aunque éstos sean vagos y cambiantes según las referencias individuales, son, sin embargo, el soporte de una identificación que se construye en la alteridad, frente a los demás barrios y a la ciudad “formal”. Esta capacidad política, que expresa la asociación de barrio, contribuye generalmente a reforzar el sentimiento de pertenencia de los habitantes a un mismo grupo inscrito en un espacio determinado. Su importante papel, asociado a una cierta necesidad de identificación —en contestación hacia una ciudad “formal” que

punto de reunión de la sociabilidad, de preferencia en determinados lugares claves y cotidianos: las paradas del transporte, las tiendas, los sitios de comercio informal instalados en la calle misma... La especificidad de los sitios da a la calle una vida y una consistencia especialmente vigorosas, sobre todo porque el barrio popular es poco frecuentado por individuos ajenos a él, rara vez lo es por individuos de la ciudad “formal” y relativamente poco por individuos de las zonas vecinas, sobre todo en Caracas, donde la inseguridad inhibe los desplazamientos de un barrio a otro. En estas condiciones el barrio constituye un espacio casi privado, cuyo uso y conocimiento quedan en cierto modo reservados a los que viven en él.³²

Pero el marcado apego al barrio no excluye otras referencias que permiten ampliar el campo de la ciudadanía, como se ha venido describiendo aquí, aun si la compleja imbricación de los niveles portadores de identificación no esté exenta de contradicciones y matices: el apego y la identificación con la nación se mencionan con frecuencia; no se apoyan en prácticas, sino en una imagen de poder, de tradiciones culturales, de símbolos fundadores de la “comunidad imaginada” descrita por B. Anderson (1983). Sin lugar a dudas ése es también uno de los medios para superar la marginación discursiva que padecen los habitantes — la estigmatización de que son objeto por parte de las élites—, útil para encontrar un horizonte común de referencia (D. Vidal, 1996, que habla de la noción de respeto). En El Alto— sobre todo en los barrios de El Alto norte, poblados por migrantes recientes— la pertenencia étnica aparece con la misma fuerza en la información proporcionada por numerosos grupos aymara, en referencia a su lengua y a sus prácticas culturales, que mantienen vivas en la ciudad.³³ La identificación étnica disminuye según aumentan los años en la ciudad, y además los jóvenes se sienten menos preocupados por el tema que sus mayores. Pero la afirmación de pertenecer al mundo aymara se inscribe también en un contexto de reivindicación de la indianidad, en oposición a la “criollidad”

de las élites de La Paz. Así, con la revalorización de la indianidad, la municipalidad de El Alto alcanzó su autonomía política en 1988 y logró su disociación de la municipalidad de La Paz: se trata de una forma de identificación reactiva en contra del discurso que, desde hace más de cinco siglos, asimila la indianidad al desarrollo inadecuado y a la marginación.

Las referencias intermediarias entre el barrio de residencia y las comunidades imaginadas de la nación o de la etnia son muy complejas. Más que las metrópolis en conjunto, las municipalidades (El Alto) o las vastas zonas de proximidad (como Petare, entre los barrios del este de Caracas) son las que producen en los individuos interrogados importantes sentimientos de pertenencia.

Para los habitantes de los barrios, el sentimiento de pertenencia a Caracas es más tenue y menos constante, con excepción de los del barrio estudiado que depende, administrativamente, del Distrito Federal de Caracas (zona de El Valle, municipalidad de Libertador); los otros barrios analizados están situados en la municipalidad de Sucre, inserta en el estado de Miranda, no en el Distrito Federal.³⁴ El reconocimiento de sus autoridades políticas parece tener efecto en la identificación espacial de los grupos. Los alteños experimentan un sentimiento de pertenencia más fuerte a su municipalidad que a La Paz en su conjunto; esto se debe a la fuerte afirmación por los medios y los políticos municipales, de la especificación de la identidad alteña, caricaturizada como indígena y pobre (en comparación con La Paz, representada como criolla y rica), lo que se inscribe finalmente en un contexto de rechazo político a ser dominado por las decisiones que emanan de la municipalidad central.

Cabe subrayar también la relativa coincidencia entre las zonas de intensas prácticas espaciales y aquellas que transmiten los sentimientos más fuertes de pertenencia; si bien los barrios de residencia y las extensas zonas de proximidad son las más frecuentadas cotidianamente, como ya vimos, son también los primeros peldaños de referencia, generadores de identificación para los individuos. Esta relativa concordancia traduce un vínculo real entre uso del espacio e identificación con los sitios y los grupos que los ocupan. Permite también comprender algunos matices internos en los barrios estudiados.

Para los habitantes del barrio caraqueño de Vista Hermosa, colombianos en su mayoría, o para los de El Kenko, en El Alto sur, en gran parte de origen paceño, las conurbaciones siguen siendo niveles válidos de referencia y de apego. Estas especificidades demuestran el papel clave que desempeñan aquí las redes de relaciones tejidas a veces en muy grande escala (aun cuando

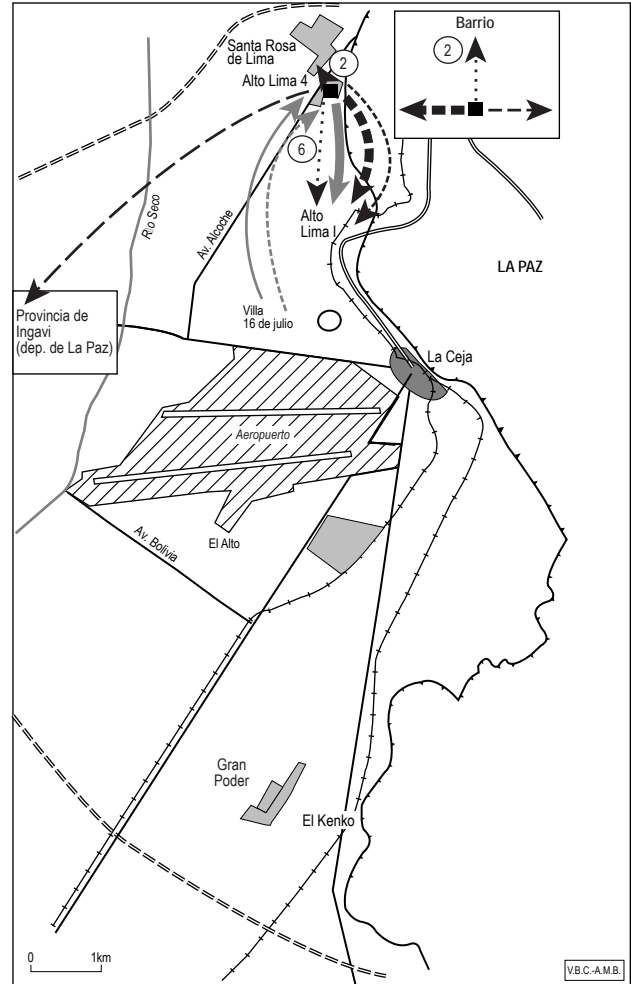
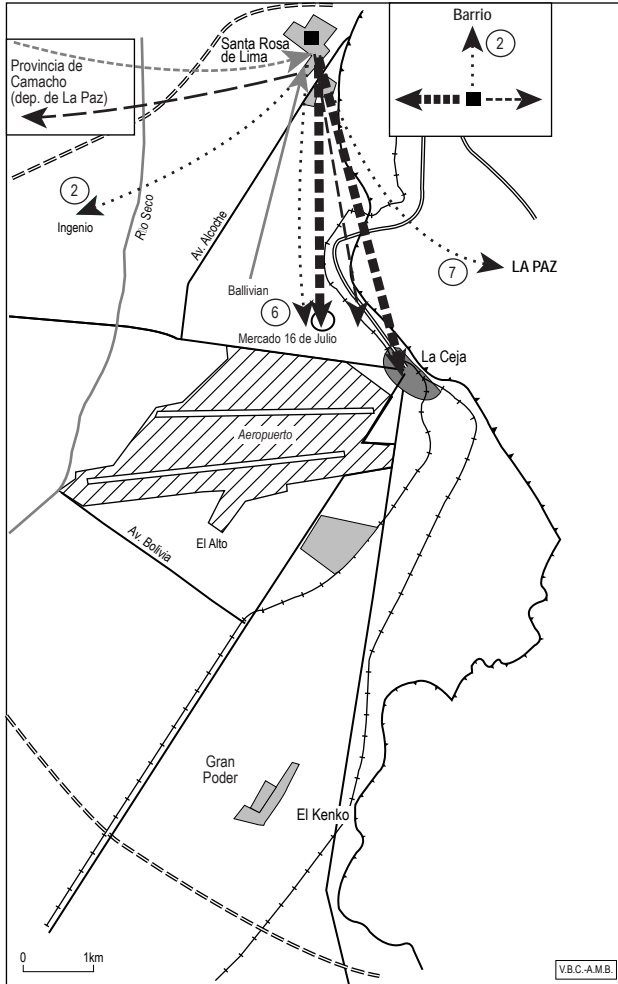
el barrio y las zonas aledañas sigan siendo el marco de expresión preferido); en particular, quienes están ligados al paisanaje, sobre todo los colombianos, han construido redes de relaciones que atraviesan la aglomeración.³⁵

En cuanto a los residentes de El Kenko, a menudo paceños de nacimiento, demuestran una memoria espacial más desarrollada de la municipalidad de La Paz, así como mayor familiaridad con esta zona; por lo demás, son ellos los que más recorren el valle cada día, por razones de empleo o esparcimiento y hasta por sus lazos afectivos. Este grupo presenta la mayor cantidad de rechazos al propio barrio de residencia porque sus habitantes han interiorizado el discurso denigrante de las élites: su proyección en el espacio de la municipalidad de La Paz es, así, una forma de compensación para la etiqueta estigmatizante aplicada a su propio lugar de residencia.

Observemos, en fin, que las referencias, en términos de pertenencia, a las zonas rurales de origen siguen siendo importantes en el caso de los migrantes recientes de las zonas de El Alto norte, los aymaras principalmente; en ese grupo, a lo significativo de la referencia étnica se añade su pasado rural, aunque la identificación espacial con la región de origen tiende a reducirse a medida que aumenta el tiempo que se pasa en la ciudad; la impresión de estar "entre dos mundos"³⁶ es, entonces, en parte característica de una fase de transición. El retorno definitivo a sus regiones de origen, aun cuando éstas sigan generando un sentimiento de pertenencia intermedia, no se contempla con frecuencia. Los habitantes están más atados a la metrópoli que los alberga –para ser precisos, a fragmentos de ella– y lo están pese a que una buena proporción de los individuos expresa el deseo de cambiar de domicilio.

JUDITH, TOMASA, OLGA Y ESTHER: CUATRO EXPERIENCIAS CITADINAS

Más que construir una categorización colectiva que apunte a determinar los tipos de ciudadanos, insistamos en la complejidad de las relaciones individuales, tejidas en el espacio. Nos ha parecido conveniente ilustrar los elementos de reflexión con el relato de la experiencia ciudadina de cuatro mujeres que desarrollan, por sus prácticas y sus referencias a los lugares y a los grupos, formas y niveles o grados distintos de ciudadanía. Para cada caso se proporciona un plano que señala principales actividades y lugares de referencia en la aglomeración así como la frecuencia mayor o menor de los desplazamientos.



- > Lugar de nacimiento
- > Lugar de residencia anterior
- > Zona de trabajo
- > Estudios
- > Comercio
-> Entretenimiento
- > Servicios mÓdicos
- > Vacaciones
- · - · > Zona con la que se sueæa

-> Entretenimiento
- ② Visitas a amigos, a familiares
- ⑥ Religin
- ⑦ Compras, mirando escaparates

- Lugar de residencia
- ▼ Ceja
- Carreteras principales
- +++ Ferrocarril
- ▨ Aeropuerto
- ==== Limites aproximados de conurbacin
- > Desplazamientos diarios o muy frecuentes
- > Desplazamientos ocasionales o poco frecuentes

Plano 1 - Tomasa, *chola* alteña entre dos mundos, tiene 64 años, reside en el barrio El Alto norte, Santa Rosa de Lima.

Plano 2 - Olga, joven alteña de su barrio, tiene 14 años, reside en el barrio El Alto norte junto al Alto Lima, Santa Rosa de Lima.

Judith, caraqueña, negativa y replegada

Joven caraqueña de 17 años, nacida en el estado de Guarico pero instalada en la ciudad por muchos años, Judith abandonó su antiguo barrio del centro de Caracas hace tres años, a raíz de un deslave de tierra que destruyó la casa de sus padres, luego de lo cual compró la precaria casa de su suegra en el barrio de El Valle, donde vive desde entonces con su marido, sus dos pequeños, dos cuñados y un tío. Su nivel escolar es bajo (no terminó la primaria) y nunca ha trabajado, ya que tuvo su primer hijo a los 14 años. Es una mujer que permanece en el hogar: sus principales actividades cotidianas son el cuidado de la casa y de los niños; sus salidas cotidianas son muy limitadas. Para ella la vida en el barrio, el cual detesta, es un gran fastidio y se siente diferente a los demás, con excepción de una vecina, su única amiga. No participa en ninguna actividad colectiva y permanece en casa la mayor parte del tiempo. Su experiencia de la aglomeración, muy limitada, se reduce a los alrededores del barrio, cuando visita al médico o va de compras al mercado (Valle, Coche). Su principal punto de referencia exterior sigue siendo su antiguo barrio de residencia, al que continúa estando apegada, y donde dejó sus recuerdos. Aunque se dice caraqueña y venezolana, rechaza su barrio actual y desea partir para ir “no al lado de una autopista, ni al cerro [barrio], sino a Caracas”, a la ciudad “formal”, para comprarse allí una casa. Sin embargo, está convencida de que eso no será posible jamás, ya que su marido gana poco y ella no trabaja. Esta joven mujer, poco abierta a Caracas y al barrio, es una ciudadina replegada, frustrada, negativa en cuanto a su vida actual y su entorno cotidiano, que no manifiesta ningún esfuerzo de integración pero que sin embargo sueña con una vida mejor, inalcanzable. Si bien se declara caraqueña de corazón –proyecta su deseo de alcanzar la ciudad “formal”–, lo es poco en términos reales. Judith ilustra así las dificultades de aquellos que permanecen relativamente prisioneros del nivel local en sus actividades cotidianas –no por ello dejan de mostrar deseos de integración– y tropiezan con fuerza contra la brecha patente entre sus prácticas concretas, replegadas, y sus aspiraciones ciudadinas.

Tomasa, *chola*³⁷ alteña entre dos mundos

Con 64 años, Tomasa ha pasado la mayor parte de su vida en un pueblo de la provincia de Camacho (departamento de La Paz); es aymara, no habla bien el español y no ha asistido nunca a la escuela. Llegó a El Alto

hace pocos años; hace uno dejó la vivienda que alquilaba para instalarse en una zona muy precaria, de Santa Rosa de Lima, en el extremo norte de la municipalidad, en la casa que su hijo se construyó; en ella viven también su nuera y su nieta. Esta *chola*, de fuertes referencias aymaras y rurales, se encuentra “entre dos mundos”, pues tiene costumbres del mundo rural que abandonó hace poco tiempo, y también costumbres ciudadinas de El Alto norte, en lo que se refiere a la extensión de sus prácticas espaciales, sus redes de relaciones, su identificación y sus sueños (sí desea quedarse en la municipalidad, pero “en una zona mejor”). Su universo está compuesto por tres referencias principales: el barrio, que no aprecia mucho. El Alto norte, que frecuenta, conoce y aprecia y su pueblo natal, por el que tiene apego y visita con frecuencia.

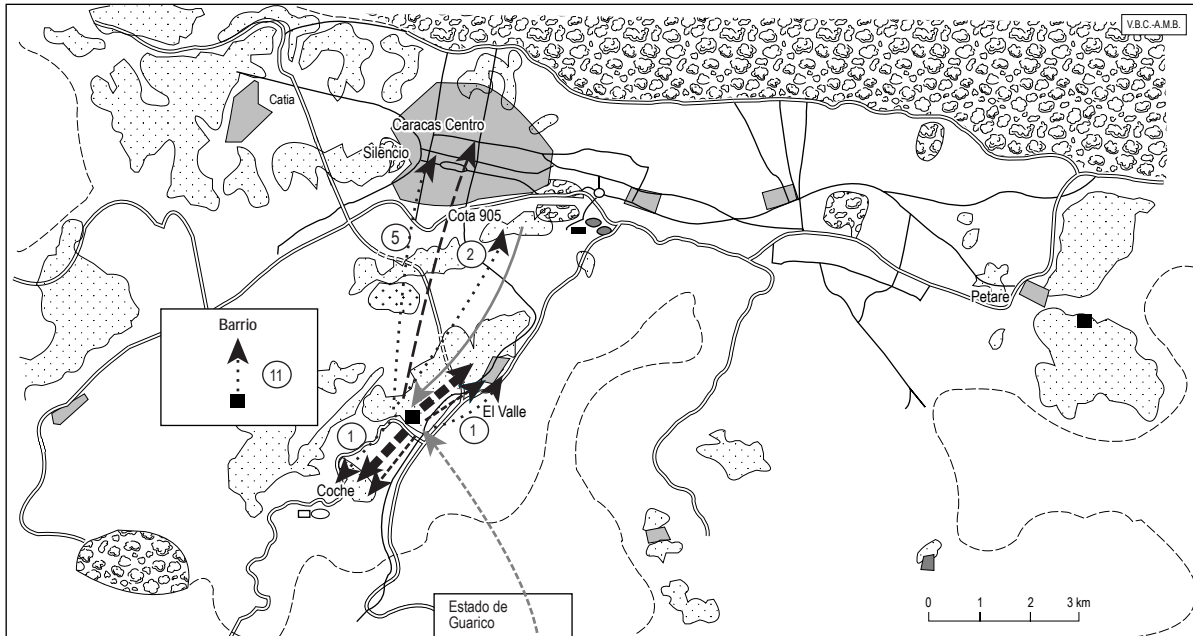
El barrio no le gusta. Lo encuentra frío, sucio, lodoso; tiene pocas amigas y no se siente para nada en casa, cosa que atribuye a su llegada reciente. Ni siquiera ha ido a la gran fiesta anual del sector, porque “no me gusta, no sé cómo ir”. Desearía mudarse, pero no puede comprarse una casa, ni tiene los medios para rentar. Sin embargo, pasa mucho tiempo en el barrio, dado que tiene una pequeña tienda de abarrotes rudimentaria en la vivienda y borda vestidos artesanales.

En cambio, le gusta El Alto, que se reduce para ella a su mitad norte: asiste a un templo católico en la zona 16 de Julio; una vez al mes acude a los mercados de El Alto Lima y, apoyándose en redes familiares, vende los productos artesanales que borda en su casa, en La Ceja o en 16 de Julio, donde le gustaría tener un puesto de venta si tuviera algunos ahorros. Va a estas ferias al menos una vez por semana. No conoce bien las zonas aledañas a su barrio; en su caso, los mercados, la adquisición de productos, las redes familiares y amistosas alteñas son las razones de sus desplazamientos. La Paz no significa gran cosa para ella: “no sé ir, mis hijos son los que saben”; “abajo, a la ciudad, no sirve de nada ir”. No acude más de dos o tres veces al año, de compras.

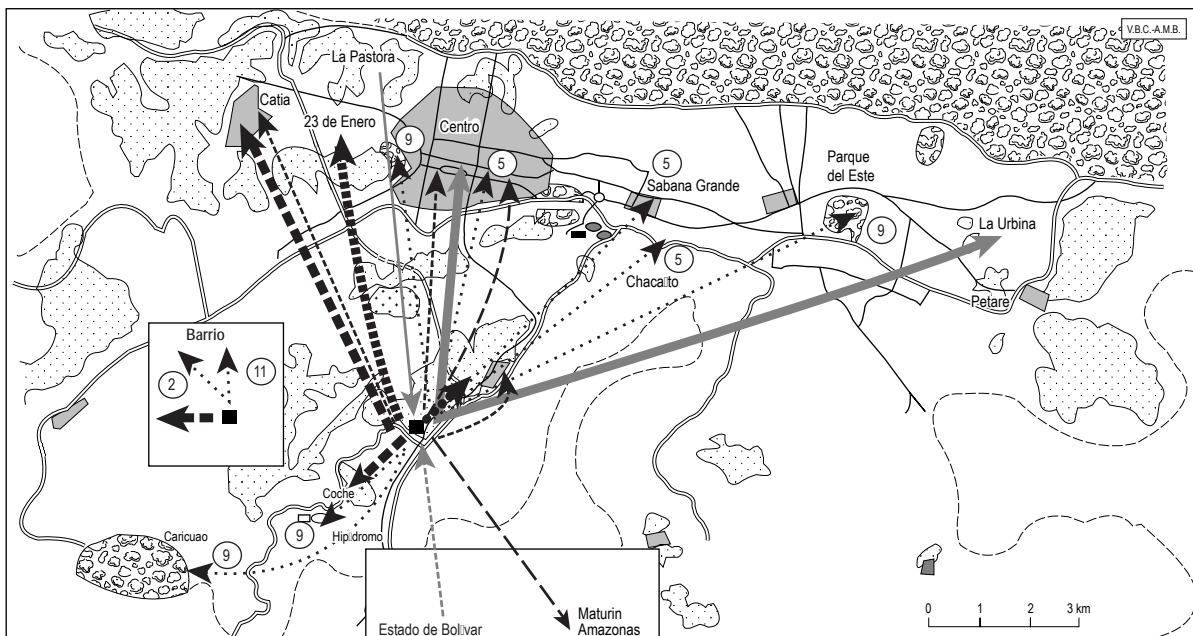
No quiere volver al campo, pues “incluso si aquí es como el campo, me siento de la ciudad”; se siente alteña, en absoluto paceña y muy aymara. Al haber transcurrido la mayor parte de su vida en el pueblo, guarda relaciones muy estrechas con él: ahí todavía tiene un terreno, que ha dejado al cuidado de sus vecinos y que visita mensualmente; al regresar trae gallinas, carne, patatas, *chuño*, *quinoa*, productos que después vende a las puertas de su casa.

A pesar de que Tomasa, al igual que Judith, tiene poco aprecio por su barrio, sin importar que ahí vaya pasando la mayor parte de su vida cotidiana, sus aspi-

Plano 3 - Judith, caraqueña, negativa y replegada, tiene 17 años, reside en el barrio de El Valle, Caracas.



- | | | |
|--|-----------------------------------|---|
| → Desplazamientos diarios o muy frecuentes | → Zona con la que se sueña | → Lugar de nacimiento |
| → Desplazamientos ocasionales o poco frecuentes | → Vacaciones | → Lugar de residencia anterior |
| ■ Lugar de residencia | → Estudios | ① Festividades, reuniones |
| ■ Nucleos de urbanización antiguos | → Comercio | ② Visitas a amigos, a familiares |
| — Carreteras principales | → Servicios médicos | ⑤ Salidas en la noche |
| - - - Límites aproximados de conurbación | → Entretenimiento | ⑨ Entretenimientos con los niños |
| ○ Parques | → Zona de trabajo | ⑪ Paradas en el barrio |
| ○ Barrios | ●●●● Escuela | |
| — Autopistas | | |



Plano 4 - Esther, ciudadina hiperactiva, tiene 30 años, reside en el barrio de El Valle, Caracas.

raciones y su forma de *ser de la ciudad* concuerdan más con el abanico de sus actividades: El Alto se ha convertido en una fuerte referencia urbana, pese a lo reciente de su experiencia citadina, y La Paz, adonde no acude, no es lugar de sus sueños. Tomasa está en vías de volverse citadina, tal como atestigua su apego a la municipalidad donde reside, que coexiste para ella con el mundo rural donde pasó casi toda su vida, donde dejó una parte de sí y que constituye siempre un horizonte importante de su vida actual, como se desprende de sus frecuentes visitas.

Olga, joven alteña de su barrio

A los 14 años, Olga, nacida en El Alto y alumna de una escuela secundaria situada en su barrio de Alto Lima, en El Alto norte, zona donde habita desde hace cinco años con su familia,³⁸ sólo ha ido una vez en su vida a La Paz, a la plaza Murillo, en el corazón del centro histórico, con un profesor en ocasión de una visita escolar. Su vida transcurre en el barrio y en la zona aledaña de Alto Lima 1, que para ella hace las veces de centro: ahí la familia hace sus compras, asiste a la iglesia evangélica y visita al médico, cuando es necesario. Sus compañeros de clase, a los que en ocasiones visita, viven en los alrededores. Conoce bien el barrio, que considera suyo; su padre le encarga de asistir a las reuniones asociativas locales, ya que él no tiene tiempo de hacerlo. En la toma de agua colectiva –uno de los sitios claves de experiencia urbana vecinal– donde ella acude a diario para abastecerse, conversa con otros jóvenes del barrio. Está muy imbuída en su nueva religión evangélica (era antes católica): desea ir con mayor frecuencia a los servicios y a las reuniones de reflexión y practica sus preceptos; no va a la fiesta del barrio porque “... no está autorizado en la Biblia”, por ejemplo. Su compromiso evangélico es un indicio de la fuerza que tienen estos nuevos grupos religiosos entre los jóvenes habitantes de la ciudad de las zonas desfavorecidas.

Se siente alteña mas no paceña, y en este sentido hace concordar su corazón y sus actividades; se dice citadina pero también aymara, porque su padre lo es, y ella entiende la lengua aun cuando no la habla. Le gusta el campo de donde su padre es originario y al que acude cada año: parte de su familia sigue ahí aunque ella no siente que pertenezca en absoluto al mundo rural. Le gustaría quedarse en el barrio toda su vida, porque lo conoce bien, aun si es frío, si los servicios son todavía demasiado deficientes, si no hay muchos comercios.

Nada rebelde, estudiante, fiel a sus orígenes, Olga es representativa de la juventud alteña nacida en el altiplano urbano, prácticamente sin contacto con La Paz y deseosa de seguir viviendo en El Alto, en “su ciudad”.

Esther, citadina hiperactiva de Caracas

Nacida hace 30 años en un pueblo del estado de Bolívar, Esther es propietaria de una casita en el barrio de El Valle (donde reside Judith); vive ahí desde hace cinco años con su hija de esa misma edad. Sus experiencias espaciales son amplias y variadas, como muestran sus actividades comerciales y sanitarias muy diversificadas. Tarda una hora y media en llegar, en autobús y en metro, a su lugar de trabajo cotidiano (es trabajadora social en el célebre barrio de interés social 23 de Enero, al oeste de Caracas), y más o menos el mismo tiempo para desplazarse a la universidad privada donde continúa realizando sus estudios superiores (al este de la aglomeración), por la tarde. Conoce bien la ciudad, donde frecuentemente se traslada pues utiliza sus bibliotecas, situadas en el centro, para estudiar. Le gusta ir al cine (tiene un abono a la cineteca nacional), frecuentar las tascas o el barrio de moda de Sabana Grande, con sus amigos de la Pastora o de Caricuao, si se lo permiten sus recursos financieros. Una vez al mes acude a la sociedad de ciegos del hospital infantil; también es coordinadora de un grupo de mujeres de la universidad y participa en un taller de salud en el hospital materno infantil del centro.

Se mudó a la casa que levantó en el barrio de El Valle cuando decidió dejar la que alquilaba junto con amigos en el viejo barrio central de la Pastora. Todos los días lleva a la escuela a su hija, a un barrio aledaño (15 minutos a pie). El fin de semana trabaja en casa, o lo hace para la asociación del barrio; jóvenes del barrio que son sus amigos vienen a visitarla, a cocinar... Normalmente no sale o sólo da un paseo con la niña –cuando trabaja en la noche, deja a la pequeña con unos amigos del barrio. Promueve activamente la asociación del barrio, organiza sus reuniones y a diario lo atraviesa, aunque no visite a muchas personas, salvo a su amiga Zulima, a cuya casa va con frecuencia, para *hablar paja*.

Se identifica con el barrio “porque vivo ahí, porque trabajo para él”, pero le gustaría mudarse, “por mi hija..., más cerca del centro, donde hay más seguridad, teléfonos, o a provincia. Algún día me iré”. Se siente caraqueña “porque vivo aquí, pero mis afectos se los doy al 23 de Enero, porque trabajo ahí desde hace nueve años, aun cuando no quiero vivir ahí”.

Esta mujer hiperactiva pertenece pues a una élite de los barrios, por su nivel de estudios y la formalidad de su empleo. Es muy caraqueña por sus actividades y por su amplio conocimiento de la aglomeración, pero a la vez está muy involucrada en su lugar de residencia: en él construyó su casa y así pudo convertirse en propietaria –siempre, eso sí, con la esperanza de ascender socialmente con la ayuda de sus estudios; entonces podría dejar el barrio para instalarse al fin en la ciudad “formal”, núcleo de sus principales aspiraciones.

CONCLUSIÓN

Estas cuatro figuras femeninas ilustran la diversidad de las formas de ciudadanía desplegadas en los barrios populares, muy apartadas de la homogeneidad que se esperaría de sus habitantes y de su relación con el espacio. Muestran también que, lejos de corresponder a un proceso automático, la ciudadanía –que hemos definido como formas de *estar en la ciudad* y de *ser de la ciudad*– no siempre hace coincidir el nivel espacial de las prácticas y el de las aspiraciones, como tampoco está siempre ligada al tiempo de la experiencia urbana. Se puede ser muy joven, haber nacido en la ciudad (*ser de la ciudad*) y ya estar aislado, como demuestra Judith, mucho más aislada, a los 17 años, que Tomasa, que tiene 64 y acaba de llegar del campo. Se puede soñar con partir y sentirse a gusto en casa, como demuestra Esther, o *estar en la ciudad* desde hace poco, como Tomasa, y sentirse ya ciudadano.

Si la ciudadanía se construye a través de la movilidad espacial amplia en la aglomeración, y por la adquisición progresiva de un sentimiento de pertenencia a la metrópolis, Esther es quien es más ciudadana.

Enamorada de la ciudad y dotada de una energía sin duda fuera de lo común, sabe sacar provecho de sus dotes (su antigua experiencia en la ciudad, sus amplias redes de relaciones, su educación y sus recursos económicos) para apropiarse del espacio de la aglomeración, pero también para luchar activamente por la mejoría del bienestar cotidiano de su barrio, con el que se siente fuertemente ligada, aun cuando espera poder mudarse algún día. Al contrario de Judith, que vive a unas cuantas calles, ella no padece el discurso marginador dominante en la ciudad “formal”. En Judith éste tiene un efecto paralizador en cuanto a la posibilidad

–sofocada– de desarrollar prácticas más activas en el barrio y un apego local, sin que el rechazo hacia su situación logre compensarlo con alguna participación en la ciudad “formal” o incluso con un movimiento de rebelión –como es el caso de bandas de jóvenes *malandros* en Caracas, eso sí generalmente compuestos por varones.

Las dos figuras alteñas ilustran la relativa fragmentación de la capital boliviana, en el sentido de que los habitantes de lo alto del talud no se relacionan más que mínimamente con la municipalidad de La Paz, y no piensan en ella. Ser alteño es una forma de ciudadanía que hace coincidir prácticas espaciales dominantes, principales escalas de referencia urbana y formas de identificación en las que suele reivindicarse la oposición a la municipalidad económica y políticamente dominante de La Paz. Se puede decir que Tomasa es parcialmente ciudadana, dado que el mundo rural sigue siendo para ella un espacio afectivamente presente y efectivamente frecuentado, aunque da muestras de un proceso de apego progresivo a la municipalidad por sus crecientes prácticas alteñas. Olga, en cambio, es bastante representativa de la juventud local: ciudadana perteneciente a su municipalidad, con referencias aymaras aún presentes en cierta medida, relativamente ajena a La Paz y con compromisos hacia la ciudad tan importantes como para desarrollar un apego por el sitio y sus ocupantes; la escuela, y sobre todo la religión evangélica –con una cada vez mayor aceptación en las villas alteñas–, son para ella formas de participación social portadoras de identificación, es decir, son expresión de la ciudadanía entendida como derecho a la ciudad.

Conformada por experiencias urbanas, construida progresivamente por actividades, la ciudadanía está ligada al compromiso de corazón, al sentimiento de pertenencia a la ciudad. En este sentido, la manera en que cada cual interioriza, rechaza o supera la falta de legitimidad ciudadana que padecen los habitantes de la periferia de la ciudad “formal” condiciona fuertemente la relación que se guarda tanto con el espacio como con los grupos que se mueven en ella. Entre el barrio, la casa, la ciudad o sus fragmentos, e incluso a veces sus regiones de origen, los individuos están con la mayor frecuencia en una postura intermedia, emblemática del mestizaje que sin duda caracteriza a esta urbanidad en proceso de construcción permanente. Mestizaje que se observa por el vaivén de las prácticas y de los referentes entre diferentes niveles espaciales, entre diferentes discursos, reivindicadores o reproductores de los estigmas, y que contribuye a moldear los contornos, inciertos y fluidos, de estos ciudadanos en constante redefinición.³⁹

NOTAS

- 1 *Citadinité*: aparece traducido como *ciudadinidad*, ya que no podemos perder su sentido como forma concreta y simbólica *de estar en la ciudad y de ser de la ciudad*. Lo mismo para el término ciudadano.
- 2 En especial Lussault y Signoles, dirs., 1996; I. Berry-Chikhaoui y A. Deboulet, dirs., 2000; Gervais Lambony, 1994; y Monnet y Capron, dirs., 2000.
- 3 En este trabajo nos apoyamos principalmente en encuestas y entrevistas realizadas en 1996 y 1997, en unos 120 hogares, de ocho barrios populares en las dos conurbaciones estudiadas (logramos una base de datos con unos 700 individuos, miembros de esos hogares, y realizamos unas 15 entrevistas por barrio).
- 4 En la encuesta realizada en 1996 / 1997, cerca de las dos terceras partes de los habitantes de los barrios populares de Caracas son nativos de la aglomeración (dato confirmado por el censo de 1990); esta tasa apenas supera el 50% en los barrios alteños. El éxodo rural venezolano hacia la capital se fue reduciendo desde fines de los años 1960; durante los decenios de 1940, 1950 y 1960 fue cuando tuvo más fuerza. En La Paz, el éxodo rural se inicia como proceso importante después de la revolución de 1952 y las reformas que siguieron; es aún vigoroso en los años 1980 afectados por una serie de crisis, y continúa en los 1990. Aparece una brecha de unos 30 años en la dotación de poblaciones rurales al mundo urbano.
- 5 En Caracas, los tres barrios de nuestro estudio están situados a 45 minutos o a una hora de trayecto, en transporte colectivo, del centro histórico (barrio Unión de Petare y barrio Vista Hermosa, al este y barrio 18 del Valle, al sur); para las villas alteñas del estudio, esta distancia/tiempo al centro histórico y funcional de La Paz (plaza Pérez Velasco) varía de 45 minutos para el barrio más cercano, a una hora y media para el más lejano (barrios de Villa Bolívar D, El Kenko y Gran Poder, en El Alto sur; villas de Alto Lima IVa sección y Santa Rosa de Lima, en El Alto norte).
- 6 Clasificadas como sigue a partir de preguntas abiertas: festividades y acontecimientos festivos, visitas y relaciones familiares o amistosas, paseos, actividades deportivas, salidas nocturnas, prácticas religiosas, compras y paseos para mirar escaparates, trámites administrativos, diversiones infantiles, actividades de esparcimiento múltiple en los barrios de residencia (10 categorías).
- 7 El 54% de los activos en los barrios estudiados en Caracas; 70% en El Alto de La Paz.
- 8 Esencialmente informales, a menudo instaladas en una habitación de la casa que da a la calle, pero sin espacio para la clientela, las tiendas de barrio suministran unos pocos productos: pan, golosinas, bebidas, algunos alimentos no perecederos (pastas, arroz), artículos escolares básicos, alimentos preparados en casa (*salteñas*, empanadas) y algunos productos frescos (leche, mantequilla, frutas). Sus precios son más altos que en el mercado, y su función principal es resolver las emergencias cotidianas.
- 9 Cf. el trabajo pionero de Lomnitz 1975, y también para Caracas, Cariola *et al.*, 1992; para El Alto, Anze, 1995; Albo, Greaves y Sandoval, 1981, 1982, 1983 y 1987.
- 10 La Paz está en el corazón de la principal región aymara del país; el extremo norte de la municipalidad popular de El Alto, atravesado por la carretera que viene del lago Titicaca y del norte del departamento de La Paz, es el principal receptor actual de las migraciones procedentes de los pueblos aymaras del Altiplano. En el conjunto de los barrios alteños estudiados, la proporción de hablantes de aymara es de cerca de 60%, pero es más de las tres cuartas partes de la población de los dos barrios del extremo norte de la municipalidad.
- 11 La medicina tradicional no es utilizada más que por menos de un tercio de los habitantes de los tres barrios estudiados en El Alto sur, donde la urbanización es más antigua (años 1970 y 1980) y el predominio aymara menos fuerte, en comparación con más de tres cuartas partes de los habitantes de los dos barrios de El Alto norte, fundados más recientemente (años 1980 y 1990) y de fuerte inmigración actual procedente de los pueblos aymaras.
- 12 Las encuestas arrojan que más de tres cuartas partes de aquellos que no tienen escolaridad recurren principalmente a la medicina tradicional, mientras que no más de 10 ó 20% de los que terminaron la secundaria lo hacen.
- 13 Alrededor de dos tercios de los encuestados, en comparación con uno de cinco en las zonas de urbanización más antigua de El Alto sur.
- 14 Como la organización de concursos: carreras de sacos, lotería con grandes premios, premio al que coma más rápido, al que beba más en menos tiempo, etcétera.
- 15 En las zona de Caracas estudiadas, 9 de 10 menores nacieron en la ciudad, y 4 de 10 adultos; en El Alto, estas proporciones son de 8 a 9 de cada 10, para los menores de 18 años, y de 2 a 3 de cada 10, para los mayores de 18 años. Cabe señalar el factor juventud de las pirámides de edad: cerca del 45% de la población de los barrios de Caracas y 50% de la de El Alto tiene menos de 18 años.
- 16 Esta escala de la proximidad se determinó negativamente: no tiene que ver con la proximidad inmediata al barrio –de límites laxos en general–, *grosso modo* accesible a los transportes colectivos en menos de media hora–, ni con los centros de las conurbaciones. Para una delimitación más precisa cf. Baby-Collin 2000a: 258.
- 17 Más de un cuarto de la población activa encuestada trabajan en él, cifra mayor en las villas alteñas (en la zona Gran Poder rebasa la mitad de los activos) que en los barrios caraqueños.
- 18 El de Santa Rosa de Lima, en El Alto norte, fundado en 1983 pero aún en proceso de poblamiento. El sector no goza de ningún servicio básico (no hay agua corriente –hay sólo tres tomas algo averiadas para un centenar de viviendas habitadas– ni electricidad) y sólo puede vanagloriarse de una escuela provisional que funciona en el local de la asociación del barrio y de algunos comercios informales.
- 19 El Kenko, en El Alto sur, fundado y poblado a principios de los 1980, sobre todo por nativos de la aglomeración. Barrio específico ya que fue parcelado y parcialmente construido por una inmobiliaria mutualista, goza de los servicios básicos esenciales, de una secundaria, de varios sitios de culto evangélico, de numerosos comercios informales y formales (seis pequeños restaurantes, dos librerías, varias bodegas, una sala de juegos electrónicos, talleres informales –costurera, zapatero, mecánicos, carpinteros, orfebres).
- 20 Que distinguimos del sector informal estable. Éste agrupa a los que, propietarios o usufructuarios de una infraestructura de trabajo, gozan por ello de una cierta seguridad en el empleo (comerciantes que tienen una tienda o un restaurante, obreros que tienen su propio taller, como mecánicos o carpinteros, transportistas independientes que tienen vehículo, principalmente). Son minoritarios en comparación con los trabajadores del sector informal inestable, sin capital inmovilizado y por ende sin una válvula de seguridad cuando se presentan dificultades (predominan los vendedores ambulantes o de los mercados, los artesanos sin infraestructura, como las tejedoras alteñas, los albañiles que dependen de la obra, los empleados, domésticos y que ayudan en el hogar).
- 21 El Alto norte y El Alto sur están separados por la zona del aeropuerto internacional que divide a la municipalidad en dos sobre un eje este / oeste; el paso principal se encuentra en La Ceja.
- 22 Allí se encuentran la alcaldía y los servicios públicos principales, bancos y comercios, y un gigantesco mercado informal que ocupa todas las calles, y que genera considerables embotellamientos.
- 23 Que va de 8 a 17% de los casos relativos a todas las prácticas urbanas.
- 24 Menos de 10% de los casos relativos a todas las prácticas urbanas.
- 25 El Kenko: una cuarta parte de los desplazamientos.
- 26 Sobre todo en Caracas, donde la densidad de ocupación de los barrios es elevada (evaluada en 250 habitantes / ha en promedio, aunque a menudo rebasa los 600 habitantes / ha; la densidad media de la ciudad formal es del orden de 130) y donde la topografía es un obstáculo para la expansión espacial de la aglomeración. La verticalización en los barrios se ve así aumentada (Bolívar, 1993): algunas construcciones tienen de 6 a 8 pisos. Además, el alquiler informal de una parte de la casa es, a partir de la crisis de los 1990, una estrategia complementaria de obtención de recursos (Baby-Collin, 2000a, 2000b).
- 27 Angélica, que vive en Santa Rosa de Lima, en El Alto norte, dice que le gusta el barrio porque es dueña de una casa: es su estatus de propietaria lo que la mueve a apreciar la zona donde vive y a sentirse miembro del grupo de vecinos.
- 28 El considerable apoyo popular de que goza el presidente de Venezuela, Hugo Chávez –recientemente reinstalado en la silla presidencial, sobre todo gracias a los habitantes de los barrios de la capital, después de un intento de golpe de Estado– se debe sin duda, a los discursos de un hombre que –se piense lo que se piense de él en otros lugares y por primera vez en la historia de la democracia venezolana– está firmemente posicionado del lado del pueblo que habita en los barrios.

- 29 Por ejemplo, la instalación de los migrantes en la capital con frecuencia se realiza con la ayuda de las ya existentes redes de relaciones (compuestas por parientes, amigos o vecinos establecidos en la ciudad con anterioridad), esenciales para encontrar alojamiento y después trabajo. Esto es lo que sobre todo explica la concentración geográfica de los migrantes en la ciudad según su origen: la conformación de barrios de mayoría colombiana en Caracas (es el caso del barrio Vista Hermosa de nuestro estudio) se explica entonces por la existencia de redes migratorias internacionales que favorecen el contacto de los pueblos colombianos con los barrios y mantienen las relaciones de paisanaje. De igual forma, en El Alto, las comunidades aldeanas del altiplano se reproducen en determinadas villas: en Santa Rosa de Lima, más de la mitad de los habitantes tienen familia en el barrio, y casi todos proceden de pueblos de las provincias de Larecaja, de los Yungas, de Murillo, Ingavi y Camacho (departamento de La Paz).
- 30 La participación en la asociación del barrio es muy débil en El Kenko, en el Alto sur, que cuenta con servicios. En cambio, es la más nutrida en Santa Rosa de Lima, una de las zonas de El Alto sur con mayores deficiencias en cuanto a servicios.
- 31 Asociaciones de vecinos en Caracas, Juntas Vecinales en El Alto.
- 32 Retomando en sentido inverso la tesis de G. Capron (1996), según la cual los centros comerciales de Buenos Aires constituyen una forma de hacer público el espacio privado llevada a cabo por las capas más acomodadas de la población urbana, podemos caracterizar la urbanidad de los barrios marginados por su forma de privatización del espacio público.
- 33 Albo habla de la "cara aymara de La Paz" (1981, 1982, 1983 y 1987).
- 34 Sobre esta cuestión de los límites administrativos, cf. Baby-Collin, 2000a: 58 y Baby-Collin, 2001).
- 35 Para los colombianos de Caracas, el papel de las autoridades políticas locales en la constitución de la identidad local más allá del barrio es tal vez también menos importante que para los Venezolanos.
- 36 Para retomar la expresión de Albo, Greaves y Sandoval, 1981.
- 37 En Bolivia, la mujer india que vive en la ciudad es reconocible por su aspecto particular: largas faldas o polleras, mandil, aguayo y bombín, peinada con dos trenzas.
- 38 El padre con su mujer actual, tres medios hermanos y hermanas, un hermano y una hermana con hijo.
- 39 Sobre esta noción de mestizaje, véase Baby-Collin, 2000a, capítulo VII, Cunin, 2000; Gruzinski, 1999; Laplantine y Nouss, 1997; sobre lo incierto y fluido véase Monnet, 2001.

BIBLIOGRAFÍA

- Albo, X. 1985 – Desafíos de la solidaridad aymara. *Cuadernos de Investigación* 25. CIPCA, La Paz, 165 págs.
- Albo, X., T. Greaves y G. Sandoval 1981 – Chukiyawu, la cara aymara de La Paz (I). El paso a la ciudad. *Cuadernos de Investigación* 20. CIPCA, La Paz, 149 págs.
- 1982 – Chukiyawu, la cara aymara de La Paz (II): Una odisea, "buscar pega". *Cuadernos de Investigación* 22. CIPCA, La Paz, 203 págs.
- 1983 – Chukiyawu, la cara aymara de La Paz (III): Cabalgando entre dos mundos. *Cuadernos de Investigación* 24. CIPCA, La Paz, 196 págs.
- 1987 – Chukiyawu, la cara aymara de La Paz (IV): Nuevos lazos con el campo. *Cuadernos de Investigación* 29. CIPCA, La Paz, 195 págs.
- Amodio, E. y T. Ontiveros (eds.) 1995 – *Historias de identidad urbana, composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Fondo Editorial Tropykos, Faces-ucv, Caracas, 173 págs.
- Anderson, B. 1983 – *Imagined Communities. Reflexions on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, Londres y Nueva York, 160 págs.
- Anze, O.R. 1995 – *Construyendo una identidad en zonas de El Alto sur*. CEBIAE, La Paz, 90 págs.
- Baby, V. 1998 – El Alto de La Paz, cité pauvre d'altitude au cœur de l'Amérique latine. *L'espace géographique* 2: 155-168.
- Baby-Collin, V. 2000a – Marginaux et citadins; construire une urbanité métisse en Amérique latine. Étude comparée des *barrios* de Caracas et des villas d'El Alto de La Paz. Tesis de doctorado de geografía. Université de Toulouse II, Toulouse, 620 págs.
- 2000b – Les *barrios* de Caracas ou le paradoxe de la métropole. *Cahiers des Amériques latines* (3): 109-128. IHEAL, Paris.
- 2000c – Les marges et la ville, à Caracas et à La Paz. En J. Monnet y G. Capron (dirs.). *L'urbanité dans les Amériques: les processus d'identification socio-spatiale*: 115-147. Colección *Villes et territoires*. Presses Universitaires du Mirail, Toulouse.
- 2001 – Les villes sud-américaines: modèle métis? En M.A. Gervais-Lambony (dir.). *Les très grandes villes*: 89-107. Atlande, Paris.
- Berry-Chikhaoui, I. y A. Deboulet (dirs.) 2000 – *Les compétences des citadins dans le monde arabe*. Karthala, Paris.
- Bolívar, T. 1993– *Densificación y vivienda en los barrios caraqueños; contribución a la determinación de problemas y soluciones*. MINDUR-CONAVI, Caracas, 166 págs.
- Bolívar, T. y J. Baldo (comps.) 1996 – *La cuestión de los barrios*. Ediciones Monte Ávila. Fundación Polar, ucw, Caracas, 495 págs.
- Capron, G. 1996 – Les centres commerciaux à Buenos Aires: la ville privée. Tesis de doctorado de geografía. Université de Toulouse le Mirail, Toulouse, 483 + 112 págs.
- Cariola, C. (coord.) 1992 – *Sobrevivir en la pobreza, el fin de una ilusión*. Cendes, Ediciones Nueva Sociedad, Caracas, 240 págs.+ anexos.
- Coutras, J. 1996 – *Crise urbaine et espaces sexués*. Colin, Paris, 156 págs.
- Cunin, E. 2000 – Le métissage dans la ville. Apparences raciales, ancrage territorial et construction de catégories à Cartagena (Colombie). Tesis de doctorado de sociología. Université de Toulouse le Mirail, Toulouse, 437 págs.
- Gervais Lambony, Ph. 1994 – *De Lomé à Harare: le fait citadin*. Karthala/IFRA, Paris, 475 págs.
- Grafmeyer, Y. e I. Joseph 1990 [1979] – *L'école de Chicago, naissance de l'écologie urbaine*. Aubier-RES, Paris, 378 págs.
- Gruzinski, S. 1999– *La pensée métisse*. Fayard, Paris, 345 págs.
- Laplantine, F. y A. Nouss 1997– *Le métissage*. Flammarion Dominos, Paris, 125 págs.
- Lavaud, J.P. 1976 – Compérage, stratification sociale et rapports de pouvoir à La Paz. *Cahiers des Amériques latines* 13-14: 89-113.
- Lomnitz, L. 1975 – *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI, México, 229 págs.
- Lussault, M. y P. Signoles (dirs.) 1996 – *La citadinité en question*. Colección *Sciences de la Ville* 13, (Fascicule de Recherches 29). Urbama, Tours, 157 págs.
- Membrado, M. y A. Rieu (dirs.) 2000 – *Sexe, espace et corps, de la catégorisation du genre*. Éditions Universitaires du Sud, Toulouse.
- Monnet, J. 1993 – *La ville et son double. La parabole de Mexico*. Nathan, Paris, 221 págs. [Vers. en esp. 1995– *Usos e imágenes del Centro Histórico de la Ciudad de México. Pórtico de la Ciudad de México*. DDF, CEMCA, México.]
- 2001 – Pour une géographie du flou et du fluide. *La géographie. Acta geographica* 1502 bis: 89-94.
- Monnet, J. y G. Capron (dirs.) 2000 – *L'urbanité dans les Amériques, les processus d'identification socio-spatiale*. Colección *Villes et Territoires*. Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 218 págs.
- Prévoit-Schapiro, M.F. 1999 – Amérique latine, la ville fragmentée. *Esprit. Quand la ville se défait*: 128-144.
- Simmel, G. 1979 [1908] – Digression sur l'étranger. En Y. Grafmeyer e I. Joseph 1990 [1979] (dirs.). *L'école de Chicago, naissance de l'écologie urbaine*: 53-59. Ediciones Champ Urbain, Paris.
- Vidal, D. 1996 – La politique au quartier. Respect, crise et citoyenneté à Brasília Teimosa, favela urbanisée de Recife (Brésil). Tesis de doctorado en sociología. EHESS, Paris, 425 págs.